

# SOBRE EL A PRIORI MATERIAL DE LA FENOMENOLOGÍA

JOSÉ RUIZ FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: Mi propósito es ayudar a poner de relieve cuál es el fundamento de la verdad de esas proposiciones que expresan lo que la tradición fenomenológica, desde Husserl, ha llamado un a priori material. No se trata de glosar a Husserl, sino de hacer un esfuerzo por advertir qué acontece realmente al evidenciar esas proposiciones. Las consideraciones que se van a realizar querrían sopesar en qué medida late una base lingüística en el a priori material y, de esta manera, en qué medida su comprensión fenomenológica debe corregirse con motivos cercanos al pensamiento de Wittgenstein.

PALABRAS CLAVE: fenomenología, a priori material, evidencia, lenguaje, Husserl, Wittgenstein.

## *About the material a priori of Phenomenology*

ABSTRACT: It is my intention to elucidate what are the foundations of the truth of those propositions that express what the phenomenological tradition since Husserl has called a «material a priori». My aim is not to paraphrase Husserl, but to try to specify the evidence we have of such claims. I aim to consider to what extent at the basis of such an evidence lays linguistic meaning and how the traditional phenomenological understanding of that evidence may be improved resorting to ideas that are close in spirit to the latter Wittgenstein.

KEY WORDS: phenomenology, material a priori, evidence, language, Husserl, Wittgenstein.

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde que Moritz Schlick criticara el método fenomenológico de la ideación o intuición de esencias como una vía posible de adquisición de conocimiento y, más en particular, desde que se opusiera a la posibilidad asumida por Husserl de desentrañar un a priori material<sup>1</sup>, no ha habido en este punto acuerdo ni reconciliación entre la tradición fenomenológica y las tradiciones positivista y analítica. La cuestión en disputa no es menor. Lo que en ella está en juego, al menos nominalmente, es la justificación de dos orientaciones globales de pensamiento. Tugendhat, un pensador que asimiló ambas orientaciones, dijo certeramente que en este punto se libraba una batalla a vida o muerte<sup>2</sup>. Husserl entendía su trabajo fenomenológico como una vía de conocimiento llamada a desentrañar las conexiones esenciales que conforman la realidad. La asunción de la fenomenología como ciencia progresiva depende de que haya un método intuitivo para la adquisición de verdades eidéticas que «precedan en su validez a toda facticidad»<sup>3</sup>. Si esas

<sup>1</sup> Schlick realizó esta crítica en su *Allgemeine Erkenntnislehre* de 1918, y en una forma distinta en la segunda edición de esta obra en 1925. Escribió aún un artículo posterior en el que abordó directamente esta cuestión. Cf. SCHLICK, M., «Gibt es ein materiales a priori?», en *Gesammelte Aufsätze 1926-1936*, Hindelsheim, Viena, 1938.

<sup>2</sup> Cf. TUGENDHAT, E., «Phenomenology and linguistic analysis», en BERNET, R. - WELTON, D. - ZAVOTA, G. (ed.), *Edmund Husserl. Critical assessments of leading philosophers*, vol. IV, London-New York: Routledge, 2005, p.49.

<sup>3</sup> HUSSERL, E., *Erfahrung und Urteil*, Academia Verlagsbuchhandlung, Praga, 1939, p. 426 (en general, pp. 409-460) (cf. *Experiencia y Juicio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 390 (en general, pp. 375-420)).

verdades tuvieran un fundamento meramente semántico quedaría comprometido el sentido que Husserl daba a su pensamiento.

La principal cuestión que aquí hay en juego no es si es posible evidenciar las proposiciones que se supone expresan un a priori material (p. ej., todo sonido tiene una intensidad, algo coloreado es necesariamente extenso, etc.). Que haya una tal evidencia, es decir, un reconocimiento de la verdad de esas proposiciones, no es tan problemático como la interpretación de lo que ocurre en ese reconocimiento. Una cosa es conceder que hay esa evidencia, y otra asumir que a su través se amplíe intuitivamente nuestro conocimiento de la realidad. La evidencia podría aceptarse creyendo, sin embargo, que en ella, más que descubrirse un a priori material, se está elucidando el uso de ciertas expresiones de nuestro lenguaje. Éste es el punto más problemático de la cuestión. Aquí es donde las tradiciones de pensamiento realmente divergen. Mientras la tradición fenomenológica subraya el carácter intuitivo de esa evidencia y, con ello, tiende a pensar que a su través se *adquiere* conocimiento a priori sobre la realidad, la tradición analítica tiende a pensar que, a lo sumo, esas proposiciones no hacen otra cosa que explicitar el contenido semántico implícito en el uso lingüístico<sup>4</sup>.

El problema que acabamos de aludir tiene en el pensamiento de Husserl y el segundo Wittgenstein los dos focos de atracción principales. No está dicho, en todo caso, que el problema no reclame ser repensado en una línea divergente al de estos dos genios filosóficos. Se trata, en todo caso, de un problema muy difícil, expuesto a múltiples equívocos. Ante un problema de este calibre es fácil que la discusión polémica se vea condicionada por la previa familiaridad con una terminología técnica, por los supuestos no explícitos asumidos en ella, y por nuestra tendencia a cerrar los ojos o tratar como algo marginal todo aquello que no se aviene al modo de consideración que nos es más familiar<sup>5</sup>. Hacer avanzar el diálogo en estas condiciones es complicado. Cuando falta un pensamiento directamente orientado a lo problemático, que no se escude en las muletillas que ofrecen las tradiciones consolidadas, el avance es imposible.

Aunque de manera modesta y limitada este artículo intenta contribuir a situar bajo una nueva luz la idiosincrasia de la evidencia de que algo coloreado es necesariamente extenso. Este caso vale aquí como ilustración ejemplar de lo que va involucrado en la evidencia de todas esas proposiciones que, según Husserl, formulan un a priori material. Voy a intentar evitar partir de conceptos técnicos cuyo contenido semántico sea deudor de una tradición de pensamiento que pudiera arrastrar una orientación sesgada del problema. La única acepción técnica que conviene fijar al principio se relaciona con el

<sup>4</sup> En un reciente artículo se dice: *La pregunta «¿Hay un a priori material?» en realidad puede contener dos cuestiones de distinto nivel; primero: «¿Hay tanto un a priori intuitivo como un a priori gramatical?», y segundo: «¿Qué relación hay entre el a priori intuitivo y el a priori gramatical?»*. ZHANG, W., «Gibt es ein materiales Apriori?», en TYMIENIECKA, A. T. (ed.), *Analecta Husserliana*, CX, part I, 2011, p. 123. Esto podría valer como formulación del problema apuntado a condición de que la referencia a lo gramatical fuera entendida de una manera más amplia que el autor del texto.

<sup>5</sup> Ya la crítica que Schlick dirigió a Husserl sobre la posibilidad de evidenciar un a priori material [cf. SHELTON, J., *Schlick and Husserl on the foundations of phenomenology: Philosophy and Phenomenological Research* 48 (3), 1988, pp. 557-561] pone de relieve la falta de comprensión de lo que Husserl había tratado de decir en las *Investigaciones lógicas*. Schlick acusa a la ideación de ser una vivencia inmediata (*Kenmen*) que no funda conocimiento (*Erkenntnis*), y que da pie a proposiciones metafísicas inverificables y carentes de sentido. El mismo Husserl tuvo que hacer constar en el prefacio de la segunda edición que la crítica de Schlick estaba construida sobre la confusión completa de su pensamiento (cf. HUSSERL, E., *Husserliana XIX/2*, The Hague/Boston/Lancaster, Martinus Nijhoff, 1984, pp. 535 y ss.). No sería difícil encontrar ejemplos en sentido opuesto, esto es, ejemplos de críticas a la tradición analítica que pasan de largo sobre lo que de efectivo hay en su posición.

uso que voy a hacer de la expresión 'evidencia'<sup>6</sup>. En la tradición analítica esa expresión se usa primariamente para referirse al material empírico que habla en favor de una aserción. Lo que aquí se entenderá por evidencia es algo diferente. La evidencia de una proposición ha de entenderse aquí como la experiencia del reconocimiento de su verdad. En otras palabras, la evidencia de un aserto es la experiencia en la que ese aserto se acredita como verdadero. Un ejemplo puede ayudar a entender lo que estoy tratando de decir. Se puede afirmar en medio de una conversación que  $1 + 2 = 3$  sin advertir la verdad de lo que se asevera. En un segundo momento se puede, sin embargo, evidenciar que es verdad que  $1 + 2 = 3$ , esto es, reconocer la verdad de lo que se había afirmado confiadamente. Nada hay de extraño o místico en ese reconocimiento. Para que el lector se dé cuenta de la diferencia entre aseverar una proposición, o contar con la verdad de una proposición, y reconocer la verdad de una proposición, basta con que deje de leer un momento estas líneas y advierta efectivamente que es verdad que uno más dos es necesariamente igual a tres. Por lo demás, no asumimos que ese reconocimiento sea un proceso mental. Entendemos que la evidencia es la experiencia misma del reconocimiento de la verdad de una proposición con independencia del modo como esa experiencia sea ontológicamente caracterizada<sup>7</sup>.

Mi intención es ayudar al lector a advertir ciertas cosas involucradas en la evidencia de que algo coloreado sea necesariamente extenso. A la luz de lo que mis consideraciones puedan poner de relieve se harán después algunas observaciones sobre algunas posiciones encontradas en torno a la idiosincrasia del a priori material de la fenomenología.

## 2. SUPERFICIES VISUALES Y COLORES ESTIDALES

Es posible que algo coloreado no pueda ser experimentado de manera táctil, como un arco iris. Sin embargo, algo coloreado exhibe siempre una superficie y, en este sentido, decimos, es visualmente extenso. El color dado va de la mano con la superficie que ocupa. Algo carente de extensión alguna, como un sonido o un sabor, es algo que no puede ser coloreado. Convenimos sin problema en que algo coloreado es necesariamente extenso. Más aún, evidenciamos que esa proposición es verdadera. Con todo, voy a contar a continuación una historia ficticia, bastante larga, que va a desafiar nuestra comprensión de lo que en esa evidencia sucede. La historia no es trivial. Si se lee con atención y se entienden todos sus pormenores, ella ayudará a sacar a la luz varias cuestiones importantes.

A principios del siglo pasado nació en Madrid un niño ciego. Sus padres, movidos por un instinto de protección mal orientado, pensaron que la criatura viviría más feliz si no se daba cuenta de su tara física. Decidieron recluirlo en casa, aislándolo de otras personas, a la vez que le ocultaban su discapacidad.

Los padres educaron al niño de la mejor manera que podían. Celosos de proteger su autoestima, sólo una cosa omitían con admirable disciplina: nunca utilizaban en su

<sup>6</sup> Se usarán comillas simples para nombrar una expresión tipo. Las comillas latinas se usan de la manera habitual y, particularmente, para nombrar el significado de una expresión. Se usarán ocasionalmente comillas dobles para indicar que se utiliza una expresión en un sentido figurado o marcadamente contextualizado.

<sup>7</sup> La fijación terminológica de la evidencia en su irreductibilidad experiencial es deudora de Husserl, obviamente, y, en particular, de la VI Investigación Lógica (cf. HUSSERL, *op. cit.*, 1984, p. 652). Se prescindirá aquí, en todo caso, del marco teórico, problemático, desde el que Husserl se hizo cargo de esa experiencia.

presencia términos vinculados a la visión. ‘Ver’, ‘vista’, ‘oscuridad’, ‘luz’, ‘color’, ‘ceguera’... eran palabras proscritas, que el muchacho no debía conocer de ningún modo. Los padres consiguieron adaptar no sólo su decir, sino también su comportamiento a las posibilidades del niño. Le proporcionaban figurillas de madera para que pudiera ligar a una experiencia intuitiva muchas de las palabras que le introducían. Incluso le enseñaron a leer siguiendo un sistema de signos del que tuvieron noticia. El infante iba creciendo sin conciencia del abismo que separaba su mundo y el de sus progenitores, únicas personas con las que tenía trato. Por lo demás, las habilidades verbales del niño eran tan agraciadas, que su gramática, dicción y, salvo en el respecto apuntado, vocabulario, podían competir con los de cualquier niño de su edad. Por supuesto, utilizaba con soltura y eficacia expresiones como ‘espacio’, ‘superficie’, ‘extensión’, ‘lejos’, ‘cerca’... aunque lo hacía sin contar con la vertiente visual que esas palabras tienen para nosotros.

El muchacho fue madurando. Como los padres tenían afición por la filosofía, la lógica y las matemáticas, adaptaron algunos textos para que pudiera leerlos. Por su carácter abstracto resultaban adecuados ya que podían ser purgados mejor del léxico indeseable. El joven mostró curiosidad por estas materias. Avanzó con rapidez en la lógica y en el cálculo. De la filosofía le entusiasmaron los problemas vinculados a la necesidad. A los dieciocho años hizo saber a sus padres que había encontrado algo necesario de lo que sus lecturas nunca le habían dado noticia.

—¿Qué?, preguntaron intrigados.

—Que algo con una superficie es táctil, respondió el joven. Hay cosas espaciales, como los sonidos, que no pueden tocarse, pero es imposible que algo con una superficie extensa no sea táctil. Si algo tiene una superficie eso se debe, justamente, a que puede ser exhibido táctilmente. La cosa es clara.

Sus padres se quedaron desconcertados. Se daban cuenta de que no podían rebatir lo que su hijo decía sin abandonar las pautas discursivas que con él mantenían. Felicitaron a su hijo y no se atrevieron a discutirle su hallazgo. El niño lo atesoró orgulloso.

Dos años después la situación vital del joven sufrió un vuelco. Sus padres murieron y un tío tuvo que encargarse de cuidarlo. Al principio trató de no alterar las pautas establecidas, pero no era fácil. El joven notaba que su nuevo interlocutor se comportaba de manera algo “diferente”: se movía con asombrosa desenvoltura, y hablaba de una manera insegura. El tío sintió que la situación le desbordaba, que no podía guardar la dinámica de trato que el joven había mantenido. Entonces resolvió romper la situación virtual en la que vivía su sobrino, y se dispuso a revelar la verdad:

—Eres ciego —le dijo—. Hasta ahora se te ha ocultado que no puedes ver las cosas a tu alrededor.

El joven no entendió nada, por supuesto. Expresiones como ‘ciego’ o ‘ver’ eran sonidos perfectamente ininteligibles para él. Creyó que se le estaba gastando una broma. Su tío había previsto esto e hizo entonces algo que dejó perplejo al muchacho. A distancia considerable de donde se encontraba fue diciéndole en voz alta los dedos que él iba desplegando en su mano.

—¿Cómo es posible?

—Es normal. Veo tus manos. Tú no puedes hacer algo así porque te falta el sentido de la vista.

El joven seguía sin comprender nada. Mejor dicho, estaba convencido de que todo era un truco. Los aciertos de su tío debían explicarse de alguna manera insospechada.

Con el tiempo tuvo que asumir, sin embargo, que, fuera lo que fuera lo que estaba pasando, algo iba en serio. La gente con la que empezó a tratar al salir de su encierro le expuso de golpe a un tropel de expresiones desconocidas: 'ver', 'color', 'luz', 'claridad' (se puede ver), 'oscuridad' (no se puede ver), 'color claro', 'color oscuro', 'rojo' (es un color), 'negro' (es un color, negro es un color más oscuro que rojo)... Además, algunas expresiones ya conocidas por él se combinaban con las nuevas formando giros sorprendentes: 'orientarse visualmente en el espacio', 'una nube es algo que tiene una superficie: se puede ver, pero no se puede tocar'. Pasados unos días, cuando ya podía retener algunas expresiones, se dijo en un momento de reflexión:

—Así que, según se dice, hay superficies que no sólo se pueden tocar, sino también ver, y hay cosas que tienen una superficie extensa, pero no se pueden tocar.

Pero esto se lo decía como quien repite mecánicamente una fórmula sin saber qué significa. Para él una superficie seguía siendo necesariamente táctil. Sin embargo, había entrado en contacto con un medio discursivo que cancelaba la posibilidad de expresarse de ese modo.

La mera repetición mecánica fue mudándose, poco a poco, en otra cosa. La extrañeza inicial dejó paso, no sólo al hábito, sino a la desenvoltura. Se dio cuenta de que los demás podían desplegar conductas que estaban fuera de su alcance, y de que había cierta regularidad entre esas conductas y el modo como se usaban las expresiones que hace poco le eran extrañas. Y aprendió a manejarse con todo ello. Pasados dos años se había hecho a las posibilidades expresivas en las que estaba inmerso, y sabía servirse de ellas de manera adecuada en su interacción cotidiana con los demás. Por ejemplo, un día, sentado en un banco del centro, un turista se le acercó para preguntarle:

—¿Puede indicarme en el mapa dónde se encuentra la plaza de la Puerta del Sol?

Con toda naturalidad, pudo entonces responderle:

—Lo siento, no me es posible. Soy ciego. Pero le puedo explicar cómo llegar. Ha de continuar por esta calle y torcer a la derecha. Entonces verá al fondo una gran plaza en la que hay un edificio rojo y blanco, con un reloj en la parte superior. Eso es la Puerta del Sol.

Ganada esa desenvoltura renunció a su anterior descubrimiento. Ya no estaba dispuesto a proclamar que algo con una superficie fuera necesariamente táctil. Por lo demás, no podía evidenciar que algo visible fuera necesariamente extenso, como ahora se le aseguraba. En ello no advertía necesidad alguna por mucho que ya pudiera manejarse con las nuevas expresiones lingüísticas.

Cuando tenía treinta años sucedió un nuevo vuelco en su vida. Después de una noche de sueño profundo, al abrir los ojos un torrente confuso de impresiones le inundó. Orientándose a tientas, como siempre había hecho, llegó hasta la habitación de su tío. Pasados unos instantes comprendieron ambos que el sentido de la vista había despertado en él, como por un milagro.

Necesitó tiempo para desenvolverse de una manera normal, para que el movimiento corporal se fuera coordinando con lo que confusamente veía, para que el espacio cines-tésico y auditivo fuera consonante con su medio visual, para poder ver de cerca y de lejos de una manera coherente. Sólo poco a poco su entorno perceptivo iba tornándose una dimensión congruente. Por supuesto, iba ejercitando al mismo tiempo los recursos lingüísticos de los que ya disponía, pero al hacerlo, éstos se iban sedimentando progresivamente en su nueva dimensión experiencial. 'Espacio', 'cerca', 'lejos', 'superficie', 'extensión', 'color', 'ver'... todas esas expresiones iban consolidándose en su nuevo mundo. Eran

las antiguas palabras, con las pautas sintácticas ya aprendidas, pero funcionando ahora en un medio distinto y, con ello, cobrando arraigo en una nueva dimensión. Con el tiempo llegó a asumir como algo obvio que ciertos momentos visuales y táctiles eran exhibiciones de lo que de manera enteramente confiada ahora llamaba *una superficie*.

Un año después, en un nuevo momento de reflexión, pudo advertirlo claramente: algo con una superficie extensa no es necesariamente táctil; algo visible necesariamente es extenso.

Abandonamos ya las peripecias de nuestro protagonista. Pero no acaba aquí nuestra relación con la historia que se ha contado. Ahora vamos a recorrerla otra vez introduciendo en la trama dos modificaciones. La primera, que la identidad y situación del protagonista van a ser ahora las propias del lector; la segunda, que tu tara no consistirá en ser ciego, sino en otra cosa.

Has pasado, pues, a ser ese aficionado a la filosofía que alguna vez ha advertido, con toda claridad, que algo coloreado exhibe necesariamente una superficie, es decir, que es necesariamente extenso. Pero un día va a caer el velo de maya. Un familiar lejano, aparentemente normal, que nada se distingue del resto de conocidos, te dice:

—Eres asortado, hasta ahora se te ha ocultado que no puedes estidar nada.

A partir de ese momento vas a pasar por los mismos tres estadios que el muchacho ciego de nuestro relato.

### 2.1. *Una mera pauta sintáctica*

—¿‘Asortado’?, ¿‘estidar’? ¿Qué broma es ésta?

El familiar, armándose de paciencia, te propone entonces que cojas un pequeño objeto cualquiera, sin que él lo vea, y lo encierres en tu mano ocultándoselo a la vista. De manera infalible te va revelando su color: ‘es rojo’, te dice. Pero, ¿cómo lo sabe?

—Hacer esto es algo normal. Tú no puedes porque eres asortado. No eres capaz de estidar colores. Te falta la facultad estidal.

Incluso después de esa impresionante demostración sólo vas asumiendo que algo va en serio cuando la gente a tu alrededor empieza a comportarse contigo de otra manera, a la vez que profiere un tropel de palabras ininteligibles: ‘estidar’, ‘facultad estidal’, ‘ternodado’ (se puede estidar), ‘casidado’ (no se puede estidar)... También oyes a menudo expresiones ya conocidas que se combinan de manera sorprendente con las nuevas: ‘un color se puede ver y estidar’, ‘la superficie de algo se puede ver, pero no estidar’, ‘puede estidar ese color, pero no llegué a verlo’, ‘si algo se puede estidar es necesariamente coloreado’... Pasados unos días, tras pasar una crisis de ansiedad, te dices:

—O sea que, según esto, los colores no sólo pueden darse visualmente, no sólo pueden darse de manera extensa, sino también de manera estidal.

Por supuesto, profieres esto más o menos como lo estás leyendo ahora: de palabra, sin saber lo que dices. Para ti algo coloreado sigue siendo necesariamente extenso. Has entrado en contacto con un medio lingüístico extraño, y sólo repites mecánicamente el léxico y sintaxis nuevos que estás oyendo.

### 2.2. *Las pautas léxico-sintácticas echan raíces en tu mundo*

Ha quedado atrás el tiempo en que pensabas que todo era una broma. Has asumido tu situación y tratas de desenvolverte en una comunidad que ahora no disimula tu tara

física. La gente normal, ahora te das cuenta, hace las cosas con una desenvoltura que a ti te está vedada. Poco a poco las nuevas expresiones se han hecho habituales y, sobre todo, te estás desenvolviendo con ellas cada vez con más soltura. Has coordinado ese medio expresivo con las conductas que los demás despliegan, es decir, en el seno de tu propia experiencia. Invitas a alguien por primera vez a tu casa, por ejemplo, y cuando antes de entrar te dice que los rojos y los tonos pastel del salón combinan muy bien, tú ya sabes que está estidando esos colores sin verlos. Incluso le dices:

—¡Espera a verlos! El efecto es seguramente más impresionante. Ya sabes que, como no puedo estidarlos, tengo una especial sensibilidad visual para ellos.

En otras palabras: aunque no seas capaz de estidar, las expresiones y formas sintácticas las estás incorporando ahora significativamente en tu mundo y en el trato con los demás.

Cuando vuelves a tus antiguos hábitos de filósofo no estás ya dispuesto a proclamar que algo coloreado es necesariamente extenso. Aunque tampoco puedes evidenciar lo que te revelan los libros de filosofía que ahora lees sin censura: que algo estidado es necesariamente coloreado, pero no necesariamente extenso.

### 2.3. *Las pautas léxico-sintácticas echan raíces en un nuevo mundo*

Para ti, lector, también llega el milagro. Un día te levantas de la cama y te atraviesa un torbellino de realidad que ahora no puedes acercarte a imaginar. Aturdido, te orientas en tu mundo de siempre, el habitual medio visual. No sabes cómo desenvolverte en ese vaivén informe de sensaciones. Acabas entendiendo que tu facultad estidal ha despertado.

Sólo con el tiempo, muy poco a poco, esa porción rebelde de tu percepción va integrándose en un mundo hasta convertirse en una dimensión coherente. Al unísono, y con alguna ayuda, el medio lingüístico que te era conocido van echando raíces en él. Las expresiones utilizadas no cambian, son las ya familiares, pero empiezan a usarse con un nuevo anclaje: te desenvuelves con ellas de manera cada vez más confiada en tu nuevo mundo. Te das cuenta, por ejemplo, de que momentos visuales y estidales acordes son exhibiciones cromáticas de lo que ahora llamas *un color*.

Con el tiempo la sedimentación pasiva de la experiencia y tu ejercicio lingüístico en ella se han integrado por completo. Entonces vuelves un día a tus cavilaciones de filósofo y descubres la verdad: adviertes, con toda evidencia, que algo coloreado no es necesariamente extenso. ¡He aquí, te dices, una verdad esencial!

La historia, ahora sí, ha acabado. Ciertamente, el relato no ha conseguido que nos representemos colores estidales, inextensos. Sólo los hemos introducido en ella de palabra, echando mano, eso sí, de una analogía. Sin embargo, esa analogía es real, es decir, parte de algo posible, y plantea algo en estricto paralelismo con ello. ¿En qué consiste esa analogía? Cuando el muchacho ciego dice 'algo con una superficie extensa es necesariamente táctil' utiliza la expresión 'superficie' de tal manera que eso que afirma es para él evidente. Tan evidente como lo es para nosotros que algo coloreado es necesariamente extenso. La legitimidad que tenemos nosotros para afirmar esto último no es mayor que la que él tiene para afirmar lo primero. Pero esto quiere decir que en principio es tan posible que el muchacho ciego se incorpore a una situación en la que advierta que algo con una superficie no es necesariamente táctil, como que nosotros nos incorporásemos a una situación en la que pudiéramos evidenciar la proposición que el lector virtual de nuestro relato asevera con la expresión, 'algo coloreado no es necesariamente

extenso'. Y esto parece sorprendente. Esta analogía debe ayudarnos a reflexionar acerca de la evidencia que tenemos de que algo coloreado es *necesariamente* extenso.

Probablemente el lector pensará que lo que nuestra historia ha puesto de relieve es que esa evidencia tiene un fundamento significativo. Porque la expresión 'superficie' empieza a ser usada por el muchacho ciego no sólo por relación a lo táctil, sino también a lo visual, acontece un cambio en el significado de esa expresión, y así cambia también el tipo de necesidad que viene asociada a algo con una superficie. Porque en la historia que hemos contado la expresión 'color' cambiaba su significado de modo parecido, es decir, de modo que no sólo se aplicaba a lo cromático-visual, sino también a lo cromático-estidal, cambiaba también lo que necesariamente se vinculaba a 'algo coloreado'. Lo que en cada ocasión se afirmaba presenta una contradicción sólo aparente: en realidad, lo que se formula y evidencia en cada caso es diferente, pues ha acontecido un cambio en el significado de algunas expresiones. Esto es correcto. Y, sin embargo, falta por considerar aquí algo igual de decisivo, aunque menos fácil de advertir. Para ello llevaremos a cabo ahora una consideración más directa de lo que sucede al evidenciar que algo coloreado es necesariamente extenso.

### 3. DOS TIPOS DE EVIDENCIA EN LAS PROPOSICIONES QUE INVOLUCRAN NECESIDAD

Si alguien nos preguntara si el rojo es necesariamente un color responderíamos afirmativamente sin dudar. Que el rojo sea necesariamente un color no quiere decir, para nosotros, que siempre que se utilice la expresión 'rojo es un color' se esté diciendo algo verdadero. Rojo es necesariamente un color porque lo que ahí aseveramos (con expresiones que podrían ser otras) se acredita en la evidencia de que a *algo significado* («rojo») le es inherente «algo» (ser un color). Al lector no le costará mucho actualizar esta evidencia. Lo importante ahora, en todo caso, es que advierta que esa evidencia puede tener lugar perfectamente sin representarse nada de color rojo, nada sensible. De la misma manera, sin necesidad de recurrir a la imaginación, podemos evidenciar que el rojo es el rojo o que un soltero es no casado. Ahora consideremos qué pasa cuando evidenciamos que algo coloreado es necesariamente extenso.

Convenimos enseguida que algo coloreado es necesariamente extenso. Pero quizá lo hacemos desde esa seguridad con la que se revisten los lugares comunes. Confiar, asumir o contar con que es verdad que algo coloreado es necesariamente extenso no es tener evidencia de ello. Lo que nos interesa ahora es esa evidencia en su ocurrencia efectiva.

No podemos evidenciar que algo coloreado es necesariamente extenso de la manera como evidenciamos que rojo es un color o que un soltero es no casado. Tomado como algo meramente significado, «algo coloreado» no cae bajo «algo extenso». «Algo coloreado» no se relaciona con «ser extenso» o «no ser extenso» de la manera como «rojo» se relaciona con «ser color». Si nos limitáramos a considerar lo que vamos significando no llegaríamos nunca a advertir que algo coloreado es extenso. Algo coloreado puede advertirse como siendo extenso *sólo en presencia de algo coloreado*. Pero, siendo esto así, ¿cómo podrá ser posible llegar a evidenciar que algo coloreado es *necesariamente* extenso?

En este punto no se trata de argumentar nada. El lector tiene que procurarse esa evidencia, es decir, debe sustraerse a la asunción mecánica de que algo coloreado es necesariamente extenso, y advertir realmente que eso es verdad. ¿Cómo se logra esto? Imaginamos *algo coloreado*. Puede ser un árbol, puede ser una figura indeterminada. No importa. Nos damos cuenta de que ello es algo extenso. En la fantasía probamos ahora a variar su extensión, y advertimos que si la extensión se hace nula, no podemos ya representarnos



algo coloreado. Advertimos que algo coloreado *tiene que ser* extenso, esto es, que la presencia de algo coloreado involucra constitutivamente extensión. Si el lector prueba a evidenciar eso mismo sin recurrir a representaciones se dará cuenta de que no es posible. Sin embargo, esto es sorprendente. ¿Cuál es la razón de que algunas proposiciones necesarias tengan que evidenciarse al hilo de una exhibición en la imaginación?

#### 4. LO QUE HAY DE PECULIAR EN ESTA EVIDENCIA

Después de contar nuestra historia se dijo que una manera de dar razón de que el lector virtual de nuestro relato llegara a encontrarse legitimado para decir 'algo coloreado no es necesariamente extenso' consistía en apuntar que el uso de la expresión 'color' había cambiado y, con ello, que había cambiado el significado de esa expresión. Esto es correcto. Sin embargo, esto explica sólo una parte de la cuestión.

Supongamos que la expresión 'rojo' pasara a usarse como habitualmente lo hace la expresión 'perro'. Y supongamos que la expresión 'perro' pasara a usarse como habitualmente lo hace la expresión 'rojo'. Con ello la expresión 'rojo es un color' no se utilizaría para aseverar algo que puede evidenciarse, y la expresión 'perro es un color' sí. Todo esto no modificaría nada nuestra evidencia de que rojo es necesariamente un color, sino sólo la manera como sería expresada la proposición que evidenciamos. Ahora preguntémosnos si este cambio de expresión es todo lo que tendría que suceder para que pudiéramos evidenciar la proposición que el lector virtual de nuestra historia asevera con la expresión 'un color no es necesariamente extenso'? No parece. De la misma manera que tenemos que representarnos algo coloreado para evidenciar que algo coloreado es necesariamente extenso, él tendrá que representarse eso que llama 'algo coloreado' para evidenciar la proposición que realiza con la expresión 'algo coloreado no es necesariamente extenso'. Pero en el modo en que él debe poder hacer eso, es decir, por relación a colores cromático-estidales, nosotros no podemos. Nuestras expresiones pueden modificarse arbitrariamente, nuestros recursos léxicos ampliarse, sin embargo, ningún cambio de este tipo nos permitiría evidenciar la proposición que el lector virtual de nuestra historia debe aseverar con la expresión 'algo coloreado no es necesariamente extenso', pues nosotros no podemos representarnos eso que él llama 'algo coloreado'. Exactamente por la misma razón el muchacho ciego de nuestra historia, mientras es ciego, no puede llegar a evidenciar de ninguna manera la proposición que normalmente expresamos nosotros diciendo que algo extenso puede no ser táctil. Y no puede porque, por mucho que se modifique su léxico, él no puede representarse extensiones visuales. Según parece, por tanto, al apelar al cambio de significado de los términos para explicar que dos proposiciones aparentemente contradictorias pudieran ser evidenciadas, estábamos dejando fuera de juego "otra cosa" que también venía involucrada. El cambio concierne, no meramente al uso de las expresiones, sino al uso de esas expresiones *en una nueva dimensión de mundo*. Consideremos esto con un poco de detenimiento, porque es menos sencillo de lo que parece.

No sólo no podemos evidenciar la proposición que nuestro lector hipotético enuncia con la expresión 'los colores no son necesariamente extensos', es que ni siquiera podemos enunciar significativamente lo mismo que él enuncia. Para poder decir lo que él dice con la expresión 'los colores no son necesariamente extensos', deberíamos estar usando la expresión 'color' de la manera como él lo hace en su mundo cromático-estidal, pues ese uso no se puede separar de lo que esa expresión significa para él. Consideremos esto más de cerca. El significado de las expresiones 'rojo', 'color', 'algo coloreado' y 'superfi-

cie extensa' va de la mano con la aplicabilidad de esas expresiones en un cierto mundo. Por ejemplo, cuando el joven ciego usa la expresión 'superficie', la aplica en relación con una cierta experiencia cinestético-táctil, de manera que para él «una superficie» nada tiene que ver con lo visual. Si hablamos en términos de significado podemos decir: lo que significa 'superficie extensa' para él no se puede separar del arraigo en su mundo. En nuestro relato esto se ponía de relieve también cuando expresiones primeramente extrañas, huecas, ganaban significado al ser usadas en consonancia con una nueva dimensión experiencial. Caracterizaremos el hecho de que el significado de una expresión va de la mano con la consolidación del uso de la expresión en un mundo diciendo que al significado de una expresión es inherente *un arraigo en un mundo*. Ésta es una terminología técnica que adoptamos a partir de ahora.

Si el significado de las expresiones de nuestro lenguaje es el que es como uso arraigado en nuestro mundo, puede que no sea tan sorprendente, después de todo, que el reconocimiento de la verdad de una proposición necesaria en cuya expresión aparecen los términos 'A' y 'B' dependa de la exhibición de las posibilidades que caben para A y B en ese mundo en cuyo arraigo se están usando significativamente las expresiones 'A' y 'B'. Esto es lo que sucede en el caso que estamos considerando. Veámoslo.

Lo específico de la evidencia de que algo coloreado sea necesariamente extenso no estriba en que al significado de las expresiones utilizadas al enunciar esa proposición sea consustancial un arraigo en un mundo. Esto también caracteriza a las expresiones que utilizamos para enunciar que rojo es un color o que un soltero es un soltero. *Lo realmente específico es que la evidencia de lo que aseveramos dependa de darse cuenta de las posibilidades involucradas en lo que decimos en cuanto que eso que decimos arraiga ya en un mundo*. Voy a tratar de precisar a continuación cómo ocurre esto. Cuando queremos evidenciar que algo coloreado es necesariamente extenso empezamos por representarnos *algo coloreado*. Lo imaginado se da intuitivamente, pero lo intuitivamente dado es de entrada *algo coloreado*, esto es, no cualquier cosa, sino un caso de aquello de lo que significativamente estamos tratando. En tanto que nuestro tratar con «algo coloreado» es lo que es en un arraigo de mundo, al representarnos *algo coloreado* va comprendido ya *de qué va la cosa*, es decir, lo que cabe y no cabe aquí, esto es, las posibilidades en que lo intuitivamente dado se puede mover. En un segundo momento, nos damos cuenta de que lo representado *es extenso*. Y entonces, en un tercer momento, mientras mantenemos lo imaginado en las posibilidades que caben para «algo coloreado», advertimos que la eliminación de su extensión no permitiría seguir imaginando algo coloreado. Es decir, advertimos que no puede reconciliarse algo coloreado y algo sin extensión dentro de las posibilidades que caben para aquello de lo que estamos tratando. Darse cuenta de las posibilidades que caben por relación a «algo coloreado» y «algo extenso» es darse cuenta de qué puede ir concretamente comprendido ahí dado el arraigo de mundo que es inherente a lo que significamos.

A primera vista parece paradójico que una evidencia de algo necesario tenga que recurrir a imágenes sensible. La extrañeza inicial se mitiga al advertir que la evidencia descansa aquí, no en lo fácticamente representado, sino en lo operativamente desplegado al hilo de esa exhibición sensible. Para darnos cuenta de que al eliminar la extensión de algo coloreado se pierde la posibilidad de que esté dado algo coloreado, desplegamos operativamente las posibilidades abiertas para «algo coloreado» y «algo extenso» en ese mundo en cuyo arraigo nuestro decir es el que es. En otras palabras: lo que operativamente realizamos es una exhibición explícita de las posibilidades inherentes a nuestro decir arraigado. Y la evidencia de la necesidad que al hilo de ese despliegue operacional se realiza es un darse cuenta de lo constitutivo a aquello de lo que significativamente

estamos tratando en el marco de posibilidades abiertas en ese mundo en el que nuestro decir significativo está enraizado. La evidencia de que rojo es necesariamente un color se diferencia de la evidencia que tenemos de que algo coloreado es necesariamente extenso, no en que aquella evidencia dependa de un despliegue operativo y ésta no, sino en que esta evidencia depende de un despliegue operativo distinto.

##### 5. UNA EVIDENCIA DE ALGO EFECTIVAMENTE NECESARIO

Quizá podría ponerse en duda que esa evidencia que se acaba de glosar permita acreditar algo realmente necesario. Si algo coloreado es *necesariamente* extenso entonces, con independencia de cómo sean *de facto* las cosas, algo coloreado debería seguir siendo extenso. Algo coloreado tiene que ser extenso *en todo mundo posible*. Hoy en día la noción de necesidad suele elucidarse por referencia a mundos posibles. ¿Qué decir a esto? ¿Es algo coloreado extenso con independencia de cuestiones de facto? ¿Es algo coloreado extenso en todo mundo posible? En un primer momento podríamos estar tentados de responder de manera negativa. ¿No hemos advertido antes que nuestra evidencia depende de darse cuenta de las posibilidades que caben en nuestro mundo fáctico particular? Así es, en efecto. Sin embargo, pensamos que las anteriores preguntas, asumidas de una manera normal, exigen una respuesta rotundamente afirmativa. El decir en el que se hace cuestión acerca de la posibilidad de que algo coloreado no fuera extenso es el nuestro. Y ese decir es el que es en el arraigo de ese mundo que es el nuestro. Esto quiere decir que la posibilidad que ahí puede venir concernida se mantiene de entrada en el mundo en cuyo arraigo se realiza nuestro decir. Entendamos esto bien. No se trata de que, desde fuera, estemos construyendo el campo de la posibilidad. Se trata de que aquello de lo que estamos hablando es lo que es en un arraigo de mundo, de manera que fuera de ahí no hay ninguna cuestión acerca de su posibilidad o no posibilidad. Al preguntar si una proposición es verdad en todo mundo posible, *se pregunta ya en nuestro lenguaje y, con ello, se asume ya el estar-arraigado-en-un-mundo del lenguaje en el que esa proposición se formula*. Yo puedo pensar que es posible un mundo distinto que no me puedo representar, y que en ese mundo alguien puede estar utilizando los términos 'color' y 'extensión' de una forma que me es extraña, y que en esos usos y en ese mundo la expresión 'algo coloreado no es necesariamente extenso' podría proferirse para realizar una proposición verdadera que yo no puedo ni realizar ni evidenciar. Todo eso lo puedo pensar. Lo que no puedo pensar seriamente es que algo coloreado podría no ser extenso. Y no puedo porque eso que digo está dicho desde el decir que es el mío, en un arraigo de mundo, y no en otro, porque estoy hablando de algo, y no de otra cosa. Y porque, por relación a ese decir, tengo la evidencia de que algo coloreado es, con necesidad absoluta, extenso<sup>8</sup>.

Supongamos ahora que al decir que algo es verdad en todo mundo posible lo que se pretendiera afirmar es que hay una expresión cuya verdad trasciende nuestro mundo y nuestro lenguaje. Entonces «algo coloreado es necesariamente extenso» no sería verdad en todo mundo posible. Pero es que así tampoco lo sería «rojo es un color». Hablar acerca de la verdad, posibilidad y necesidad de algo tiene sentido en nuestro decir, no en otro sitio. Desde ese decir, con el arraigo de mundo que ese decir involucra, evidenciamos que algo coloreado puede ser rojo o verde, que puede tener forma cuadrada o triangular, pero que es necesariamente extenso. Dicho de otra manera: evidenciamos que algo

<sup>8</sup> En nuestra exposición no se ha discriminado entre necesidad *de dicto* y *de re*. Se puede entender ya por qué esa separación ni siquiera tiene para nosotros buen sentido en el caso considerado.

coloreado es extenso en todo mundo posible. Lo que no evidenciamos nunca es que una particular expresión enuncia algo verdadero en todo mundo posible.

## 6. UNA TAREA TODAVÍA PENDIENTE

A la luz de lo que se ha constatado se pueden hacer algunas breves observaciones sobre algunas formas de considerar qué involucran las proposiciones necesarias del tipo considerado, es decir, esas proposiciones que para la tradición fenomenológica dan expresión a un a priori material. Haré esto en cuatro puntos:

1. A veces se piensa que toda necesidad<sup>9</sup> descansa exclusivamente en el significado. La línea argumentativa que suele subyacer a esta tesis puede formularse de esta manera:

- a) Conocer el significado de una expresión involucra saber cuándo se aplica, esto es, saber si dado un caso puede usarse para decir algo verdadero.
- b) Si nos damos cuenta de que una proposición es necesaria eso quiere decir que sabemos que se aplica con independencia del caso.
- c) Por tanto, tenemos que saber eso sólo en virtud del significado.
- d) Luego una proposición necesaria sólo puede ser analíticamente verdadera.

Que algo coloreado sea necesariamente extenso no sería una excepción a esa regla y, por tanto, a primera vista esta manera de ver las cosas parece posicionarse acerca del fundamento de esa necesidad. Sin embargo, esto es en buena parte una ilusión. En ese posicionamiento no se habla del «significado», por una parte, y de cómo, por otra parte, la comprensión del significado de una proposición lleva a «saber» sobre sus condiciones de verdad. *Lo único que se hace allí es ligar el modo como se utiliza la expresión 'saber las condiciones de verdad' al modo como se utiliza la expresión 'significado'*. En realidad, no hay una tesis acerca del fundamento de la necesidad, sino más bien una identificación fundada en la acepción técnica en la que se mueven esas dos expresiones. ¿Pero nos ayuda este uso técnico a saber qué pasa cuando evidenciamos la verdad de esa proposición? En absoluto. Más aún, *creo que ese modo de hablar del significado y de la verdad se revela aquí inapropiado porque desde él se nivelan todas las matizaciones que sobre la evidenciación concreta de algo necesario se pueden hacer*. Es un modo de hablar congruente que aquí impide progresar en la discriminación y matización de la evidencia<sup>10</sup>. Dentro de la tradición analítica sigue muy vigente la idea de que una necesidad no puede ser otra cosa que verdad *ex vi terminorum*<sup>11</sup>. Nuestras consideraciones precedentes han mostrado que la cuestión no es tan simple: es imposible estar de acuerdo en que la evidencia de las proposiciones que involucran necesidad descansa sólo en el significado a menos que se haga un uso técnico *ad hoc* de la expresión 'significado' y 'verdad'.

2. Husserl defendió que era posible una evidencia de esas proposiciones que dan expresión a lo que él llama un a priori *material*. Nuestra exposición vindica buena parte de lo que Husserl sostenía. Primero, y esto es lo más importante, que una tal evidencia acontece realmente, es decir, que hay una experiencia irreductible en la que se advierte

<sup>9</sup> Se entiende, obviamente, que no hablamos de necesidad natural.

<sup>10</sup> Un ejemplo de lo que decimos es la "prueba" que da Anthony Quinton de que toda verdad necesaria es analítica y a priori: cf. QUINTON, A., «The a priori and the analytic», en STRAWSON, P. F. (ed.), *Philosophical Logic*, Oxford, Oxford University Press, 1967, pp. 109-110.

<sup>11</sup> Cf. PAP, A. «Once More: Colors and the Synthetic A Priori», en *The Philosophical Review*, vol. 66, núm. 1, 1957, p. 95.

la verdad de esas proposiciones. Segundo, que la evidencia de esas proposiciones ha de ocurrir al hilo de una exhibición imaginativa de casos particulares concernidos en la proposición general. Guardamos, sin embargo, una discrepancia importante con el pensamiento de Husserl. Husserl no dejó nunca de creer que esa evidencia suponía un proceso de ideación previo que se constituye sobre la base de una presentificación de lo particular. Pongamos esto en claro. Un juicio universal necesario del tipo algo coloreado es extenso dependería, para Husserl, de la previa intuición esencial del concepto puro «algo coloreado»<sup>12</sup>. La ideación o método de contemplación de esencias es, para Husserl, un proceso en el que se destacaría el invariante esencial inherente a una serie de particulares representados en variación libre. La aprehensión intuitiva del eidos es, aquí, un rendimiento constituido sobre la base de esas representaciones<sup>13</sup>. Este enfoque de la cuestión esconde, en mi opinión, un error: no es que la aprehensión del eidos se edifique *sobre la base de* las presentificaciones de lo particular, sino que la variación de lo particular es la que es en tanto que sujeta a aquello de lo que significativamente ya se trata. La variación libre está, de entrada, significativamente constreñida: nos representamos, no cualquier cosa, sino una serie de «cosas coloreadas». La ideación no rinde tanto la intuición de un eidos, cuanto una explicitación de las posibilidades concretas que caben en aquello de lo que significativamente ya estamos tratando. El matiz es importante. En la medida en que Husserl obvia que el proceso de la ideación se despliega sobre el fondo del significado lingüístico hay una tendencia a presentar esa ideación como un método con el que accedemos a una esencia real, esto es, como una vía que sirviera para *descubrir o acceder* a una estructura originaria. Esto mismo anima a que la evidencia de que algo coloreado es necesariamente extenso tienda a asumirse como una acreditación de una ley a la que se ordenara de entrada la realidad. No hay, sin embargo, tal, es decir, no hay tal conocimiento a priori. Constatamos que algo coloreado es necesariamente extenso en un despliegue operativo que supone la consolidación de nuestro lenguaje en nuestro mundo fáctico. Hay, ciertamente, constatación de algo necesario, pero en modo alguno descubrimiento de una ley esencial que hubiera prefigurado la realidad.

La razón por la que Husserl no fue capaz de hacerse cargo del sentido del proceso de ideación se debe, en mi opinión, a las limitaciones de su comprensión del significado. Cuando se ha entendido que comprensión del significado lingüístico involucra saber qué puede ir concernido en el uso de la expresión (involucra un arraigo en un mundo) no se nos escapa que una variación libre de *algo* en la imaginación supone ya la previa inserción significativa del proceso. Husserl, sin embargo, conservó siempre una concepción relativamente desligada y objetiva (intencional) del significado<sup>14</sup>. La radicación del así

<sup>12</sup> Por ejemplo, aunque en relación a una proposición en la que no se habla de colores, sino de sonidos, cf. HUSSERL, E., *Erfahrung und Urteil*, pp. 455-456 (ed. española, pp. 415-416).

<sup>13</sup> En las *Investigaciones lógicas*, señala Husserl: «Sobre la base de intuiciones primarias entra en juego la abstracción [la abstracción ideatoria en la cual se presenta a la conciencia la idea del objeto sensible, su universal]... La conciencia de lo universal se edifica igualmente bien sobre la base de la percepción que sobre la de la imaginación conforme, y una vez edificada, aprehendemos lo universal *mismo*». HUSSERL, E., *op. cit.*, 1984, pp. 690-691. En *Experiencia y Juicio* esto se asume dentro de un esquema constitutivo, al hilo de ciertas síntesis pasivas, pero la posición de fondo permanece inalterada: «Sobre el fundamento del proceso abierto de la variación... se funda, como un nivel superior, la auténtica contemplación de lo universal como eidos... En esta transición... las particularidades arbitrarias... en la secuencia de su aparición llegan a formar de manera puramente pasiva un unidad sintética... en la que la misma universalidad se particulariza como eidos». HUSSERL, E., *Experiencia y Juicio*, p. 379.

<sup>14</sup> La mejor crítica que yo conozco a la concepción objetiva del significado en Husserl puede encontrarse en TUGENDHAT, E., *Traditional and Analytical Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, pp. 121 y ss., pp. 227 y ss.

llamado «a priori material» en el arraigo significativo se tenía que perder, de esta manera, en sus consideraciones<sup>15</sup>.

3. En una conversación de 1929, Wittgenstein trató de hacer ver a Schlick que la crítica que había dirigido a la pretensión de la fenomenología de hacer enunciados sintéticos a priori, es decir, de formular un a priori material, estaba desenfocada. No es que, como Schlick pretendía, esos enunciados no tuvieran sentido, sino, más bien, que esos juicios que la fenomenología concibe como un a priori material son deudores de la sintaxis del lenguaje<sup>16</sup> o, podemos decir también, del uso lingüístico. Una explicitación del uso lingüístico concreto es lo que el segundo Wittgenstein designa progresivamente con el término técnico de *gramática*. Importa entender que bajo ese nombre no se piensa nada parecido a la sintaxis de la lingüística. La gramática de Wittgenstein no pretende explicitar los procesos o reglas estructurales que sigue la formación de oraciones en una lengua. De lo que se trata aquí es de explicitar el uso de la expresión, es decir, poner de relieve cómo y a qué se aplica esa expresión cuando se usa<sup>17</sup>. Según esto, lo que la gramática de 'algo coloreado' tendría que poner de relieve no se reduce a exhibir el uso de esa expresión en su contexto sintáctico, sino también a exhibir cómo se aplica a casos concretos. Ese uso concreto de la expresión es lo que, según Wittgenstein, conferiría a la expresión su significado<sup>18</sup>. Si volvemos ahora a las consideraciones que antes hicimos sobre la evidencia de que algo coloreado es necesariamente extenso nos damos cuenta de que lo que Wittgenstein denomina *regla de uso* de una expresión parece estar estrechamente relacionado con lo que nosotros llamamos *el arraigo inherente al significado lingüístico*. Pero sobre ese arraigo, hemos visto, pivota la posibilidad operativa de la evidencia de que algo coloreado sea necesariamente extenso. Considerada a esta luz, la pretensión de Wittgenstein de que el a priori material fenomenológico esté vinculado a la gramática de nuestro lenguaje, lejos de producir extrañeza, se torna plausible<sup>19</sup>. Y se

<sup>15</sup> Dentro de la tradición fenomenológica un paso limitado en otra dirección se da en las reflexiones sobre la funcionalización de la intuición esencial de Scheler. Para Scheler el a priori material fenomenológico no es algo fijo, sino algo que hace pie en la actividad particular de una razón en proceso, esto es, de una razón que va aprehendiendo, intuyendo y juzgando el mundo de los hechos. En ese proceso se produce un «devenir y crecimiento de la razón misma, esto es, de su posesión de elección a priori». SCHELER, M., *Max Scheler Gesammelte Werke V*, Francke-Verlag, Bern/München, 1968, p. 198. No hay, para Scheler, un a priori material dado, sino una razón que en su ejercicio procesual conduce a diferentes formas, y a un posible crecimiento o decrecimiento de las fuerzas del espíritu humano. A la luz de nuestra exposición puede apreciarse que hay algo bien entrevisto en todo esto. Ahora bien, lo que aquí hay de positivo, más que aclararse, se diluye del todo en la apelación indiscriminada e indiferenciada a la razón o al espíritu. Para una breve consideración más identificada con esta posición. Cf. ZHANG, W., *op. cit.*

<sup>16</sup> El protocolo de esta conversación lleva la rúbrica «Anti-Husserl». Cf. WITTGENSTEIN, L., «Wittgenstein und der Wiener Kreis», en *Wittgenstein Schriften, Bd. 3*, Frankfurt am Main, SuhrKamp, 1967, pp. 63 y ss.

<sup>17</sup> La gramática, dice Wittgenstein, «no dice cómo tiene que estar construido el lenguaje para que cumpla su propósito... sólo describe el uso de los signos». WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988, Parte I, § 496.

<sup>18</sup> Cf. WITTGENSTEIN, L., *The Big Typescript*, Oxford, Blackwell Publishing, 2005, p. 185.

<sup>19</sup> La gramática de Wittgenstein, por cierto, no se parece nada al proyecto orientado a desentrañar las formas y las leyes de la complejión y modificación del significado que, bajo el título de *gramática pura*, Husserl pergeñó en la cuarta Investigación Lógica. Recientemente (cf. BENOIST, J., *L'a priori conceptuel: Bolzano, Husserl, Schlick*, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1999; ÍD., «Grammatik und Intentionalität (IV Logische Untersuchung)», en *Edmund Husserl, Logische Untersuchungen, Klassiker Auslegen, Bd. 35*, Berlin, Akademie Verlag, 2008) se ha defendido que el fundamento del a priori material de Husserl no sólo debe vincularse a la intuición de lo particular, sino también a esa gramática pura. Según esto, el a priori fenomenológico tendría para Husserl una doble raíz: un a priori intuitivo y un a priori gramatical. Se supone que ese a priori gramatical constreñiría la posible intuición sobre algo y que, de esta manera, el a priori material de nuestro mundo habría de estar determinado por la forma de nuestro lenguaje. Se ha protes-

entiende mejor, también, la afirmación de Wittgenstein, inmediatamente sorprendente, de que la fenomenología es gramática<sup>20</sup>, o de que «de mi trabajo se podría decir que es ‘fenomenología’»<sup>21</sup>.

Pero el pensamiento de Wittgenstein, tan revelador y profundo, supone en algunos respectos un retroceso respecto a la posición de Husserl. La evidencia, entendida como experiencia irreductible al uso lingüístico, desaparece sin más de sus consideraciones. Pero con ello viene a quedar enteramente en el aire qué sentido tenga asumir la posibilidad de explicitar gramaticalmente un uso lingüístico. La gramática ha de aparecer en el pensamiento de Wittgenstein como un uso lingüístico particular. Pero entonces, ¿qué es lo que garantiza que un decir no sea meramente un uso lingüístico particular sino propiamente gramatical, es decir, una explicitación propia del uso vivo de las expresiones? Con la pérdida de la evidencia la apelación al uso lingüístico se convierte en un absoluto que produce confusión. La dicotomía tan central en el pensamiento de Wittgenstein entre uso lingüístico propio e impropio y la posibilidad de discriminar entre ambos puede tener de hecho su evidencia, pero no se justifica dentro de su pensamiento. Para que tenga cabal sentido decir que algo coloreado es necesariamente extenso por gracia del uso lingüístico eso que se dice debería quedar referido a la experiencia no proposicional, no meramente lingüística, de la evidencia. Que algo coloreado sea extenso no es una proposición lingüísticamente relativa, sino algo absolutamente necesario en cuya evidencia juega un papel central el arraigo en un mundo de lo que lingüísticamente significamos.

4. Para terminar me gustaría añadir algo que no pretende ser ya una crítica a Wittgenstein, sino la señalización de una tarea pendiente. Es característica la indeterminación con la que Wittgenstein usa las expresiones ‘regla de uso del lenguaje’ o ‘seguimiento de la regla’. Esa regla de uso no puede entenderse ni como sintaxis ni como costumbre: la expresión ‘algo coloreado’ puede usarse de manera sintácticamente apta sin que por ello supiéramos distinguir algo coloreado —nuestro relato sobre el muchacho ciego puso esto de relieve—; por otra parte, la regla de uso de una expresión lingüística no es nada parecido a la costumbre de usar una expresión en una situación —en modo alguno acostumbramos a utilizar la expresión ‘algo coloreado’ en presencia de algo coloreado—. Qué refiere en concreto entonces eso de la regla de uso lingüístico queda en Wittgenstein sin precisar. Su apelación a las reglas de uso se realiza en el contexto del tratamiento de los juegos de lenguaje que, como modos de acción, arrastran a su vez una indeterminación

---

tado, con razón, que esta interpretación de Husserl es forzada. También se ha afirmado, sin razón, que esa interpretación aproximaba a Husserl al pensamiento del segundo Wittgenstein (cf. MAJOLINO, C., «Book Review: *L'a priori conceptuel: Bolzano, Husserl, Schlick*: Husserl Studies 18, 2002; ZHANG, W., *op. cit.*). La gramática pura de Husserl está orientada a constatar un a priori material en un ámbito semántico que de entrada va pensado teóricamente de manera objetivista. Lo que nuestras consideraciones pusieron de relieve sobre la evidencia de que algo coloreado sea necesariamente extenso nada tienen que ver con ese supuesto a priori semántico. Lo decisivo allí no eran las supuestas formas esenciales inherentes a lo que *significamos*, sino que *el significado como tal* sea uso arraigado.

<sup>20</sup> Cf. WITTGENSTEIN, L., *The Big Typescript*, Oxford, Blackwell Publishing, 2005, p. 320.

<sup>21</sup> Tomado de una conversación —quizá del año 1930— con su alumno Maurice Drury, según el testimonio de éste [DRURY, M. O’C., «Conversations with Wittgenstein», en RHEES, R. (ed.), *Personal Recollections of Ludwig Wittgenstein*, Oxford, Basil Blackwell, 1981, p. 131]. Hay un testimonio parecido relativo al último año de vida de Wittgenstein: según cuenta G. H. von Wright, Wittgenstein, al ocuparse del tema de los colores, «decía a menudo que lo que estaba haciendo era algo así como lo que algunos filósofos llaman ‘fenomenología’» [texto orig. cit. en SPIEGELBERG, H., «The Puzzle of Wittgenstein’s Phänomenologie (1929-?)», en *The Context of the Phenomenological Movement*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1994, p. 214].

característica. Wittgenstein se sentía cómodo en esa indeterminación<sup>22</sup>. Ahora bien, si de lo que se trata es de matizar con alguna precisión lo que sucede en la evidencia que antes esbozamos hay que precisar en qué sentido concreto, no conductual, se puede hablar de seguimiento de una regla de uso. Hemos dicho antes que lo que Wittgenstein dice con la expresión 'regla de uso' parece tener que ver con eso que en nuestra exposición quedo referido con la expresión 'arraigo del significado lingüístico'. Lo que habría que hacer entonces es fijar un acepción solvente y precisa, en un campo no conductual, para ese arraigo del que aquí se ha hablado con manifiesta vaguedad, es decir, para ese significado lingüístico que en la evidencia es relevante. Ahora bien, esto no sólo parece difícil, sino decididamente problemático. En todo caso, parece un cometido a cuya realización el pensamiento de Wittgenstein o Husserl no prestan ya ayuda suficiente.

Universidad Complutense de Madrid  
jose.ruiiz@filos.ucm.es

JOSÉ RUIZ FERNÁNDEZ

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2012]

---

<sup>22</sup> La exposición de los juegos de lenguaje que Wittgenstein hace deja expresamente en el aire cómo deba entenderse en concreto que «haya» seguimiento de las reglas lingüísticas. Sin embargo, como algunas de sus consideraciones pueden ser interpretadas como una recusación de la posibilidad de constatar o advertir el significado [cf. KRIPKE, S., «On rules and Private Language», en MARTINICH, A. P. (ed.), *The Philosophy of Language*, 3.<sup>a</sup> ed., Oxford, Oxford University Press, 1982, pp. 524-537], se suscita muy fuertemente la idea de que la realidad del significado debe retrotraerse de algún modo a la conducta, esto es, a la acción humana empíricamente considerada [cf. MILLIKAN, R. G., «Truth Rules, Hoverflies, and the Kripke-Wittgenstein Paradox», en MARTINICH, A. P. (ed.), *The Philosophy of Language*, 3.<sup>a</sup> ed., Oxford, Oxford University Press, 1982, pp. 639-656). El cumplimiento de la tarea que ahora apuntamos ayudaría a superar esta tentación.